

tendemos con precisión el efecto de la fuerza, pero no lo que la fuerza es en sí misma. Esto es, simplemente, una contradicción. La idea que la palabra fuerza provoca en nuestras mentes no tiene otra función que la de afectar a nuestras acciones, y éstas no pueden referirse a la fuerza sino a través de sus efectos. En consecuencia, si sabemos lo que son los efectos de la fuerza, conocemos todos los hechos implicados en la afirmación de que una fuerza existe, y nada más hay que conocer. La verdad es que se mantiene a flote cierta vaga opinión de que una idea puede significar algo que la mente no pueda concebir; y, al enfrentarse ciertos ultrasútiles filósofos con semejante absurdo, han inventado una vacía distinción entre conceptos positivos y negativos, en un intento de dar a su idea inexistente una forma más aceptable. Su nulidad resulta bien patente en las consideraciones ya expuestas; y, éstas aparte, el carácter equivoco de la distinción debe chocar a todo espíritu acostumbrado a un pensar positivo.

Examinemos ahora la materia propia de la lógica, para considerar un concepto que particularmente le afecta: el de la *realidad*. Si tomamos claridad en el sentido de familiaridad, no habrá idea más clara que ésta. Cualquier niño la utiliza con toda confianza, sin imaginar nunca que no la comprende. En cuanto a la claridad en su segundo grado, serían ya muchas las personas, incluso entre las de espíritu reflexivo, que se verían apuradas para dar una definición abstracta de lo real. No obstante, semejante definición puede quizá lograrse al considerar las diferencias entre la realidad y su contrario, la ficción. Una invención es el producto de la imaginación de una persona; tiene los caracteres que su pensamiento le imprime. Realidad externa es aquella cuyos caracteres son independientes de nuestro pensamiento. Sin embargo, existen fenómenos internos de nuestra mente, dependientes de nuestro pensamiento, que son a la vez reales, en el sentido de que realmente los pensamos. Pero aunque sus caracteres dependan de cómo pensamos, no dependen de lo que pensamos que tales caracteres son. Así, un sueño tiene existencia real como fenómeno mental, siempre que alguien lo haya soñado realmente. El que haya soñado esto o aquello no depende de lo que alguien cree haber estado soñando, sino que es completamente in-

dependiente de cualquier opinión al respecto. Por otro lado, si consideramos no el hecho de soñar, sino la cosa soñada, ésta posee sus peculiaridades en virtud exclusivamente del hecho de haber sido soñada como poseyéndolas. Así, podemos definir lo real como aquello cuyos caracteres son independientes de lo que cualquiera pueda pensar que son.

Pero, por muy satisfactoria que hallemos tal definición, estaríamos equivocados al suponer que hace la idea de la realidad perfectamente clara. Por ello, hemos de aplicar aquí nuestras reglas. Según éstas, la realidad, como cualquier otra cualidad, consiste en los peculiares efectos sensibles que producen las cosas que de ella participan. El único efecto propio de las cosas reales es causar certidumbre, pues todas las sensaciones que producen, llegan a la conciencia en forma de certeza. La cuestión es, por tanto, cómo distinguir la verdadera certeza (o creencia en lo real) de la falsa (o creencia en la ficción). Ahora bien, como vimos en el artículo anterior (1), las ideas de verdad y falsedad, en su pleno desarrollo, pertenecen exclusivamente al método experiencial de formar opinión. Una persona que arbitrariamente elige las proposiciones a adoptar, puede utilizar la palabra *verdad* tan sólo para subrayar la expresión de su determinación de mantener tal decisión. Naturalmente, el método de la tenacidad nunca ha prevalecido en exclusiva; pues la razón es demasiado natural al hombre para que así ocurra. Pero en la literatura de los siglos oscuros hallamos buenos ejemplos de ello. Cuando Escoto Eriugena comenta un pasaje poético en el que se dice que el élfboro causó la muerte de Sócrates, no duda en informar al curioso lector de que Eléboro y Sócrates fueron dos eminentes filósofos griegos, y que el último, habiendo sido vencido en la discusión por el primero, tomó la cosa tan a pecho que de ello murió. ¿Qué idea de la verdad pudo tener un hombre capaz de adoptar y enseñar, sin la cautela de un quizá, opinión tomada tan enteramente al azar? El verdadero espíritu de Sócrates, que supongo se hubiese regocijado de haber sido «vencido» en la discusión, puesto que tal cosa hubiera supuesto el aprender algo de ella, presenta un curioso contraste con la ingenua idea

(1) Cf. BUCHANAN, *ob. cit.*, cap. 19, parte II.